




XXI.

¡EN GUARDIA, CABALLERO!

 Bandonemos por ahora al tío Lucas, y enterémonos de lo que había ocurrido en el molino desde que dejamos allí sola á la señá Frasquita hasta que su esposo volvió á él y se encontró con tan estupendas novedades.

Una hora habría pasado después que el tío Lucas se marchó con Toñuelo, cuan-

do la afligida navarra, que se había propuesto no acostarse hasta que regresara su marido, y que estaba haciendo calceta en su dormitorio, situado en el piso de arriba, oyó lastimeros gritos fuera de la casa, hacia el paraje, allí muy próximo. por donde corría el agua del caz.

—¡Socorro, que me ahogo! ¡Frasquita! ¡Frasquita!...—exclamaba una voz de hombre, con el lúgubre acento de la desesperación.

—¿Si será Lucas?—pensó la navarra, llena de un terror que no necesitamos describir.

En el mismo dormitorio había una puerrecilla, de que ya nos habló Garduña, y que daba efectivamente sobre la parte alta del caz.—Abrióla sin vacilación la señá Frasquita, por más que no hubiera reconocido la voz que pedía auxilio, y encontróse de manos á boca con el Corregidor, que en aquel momento salía todo chorreando de la impetuosisima acequia....

—¡Dios me perdone! ¡Dios me perdone! (balbuceaba el infame viejo.)—¡Cref que me ahogaba!

—¡Cómo! ¿Es V.? ¿Qué significa? ¿Cómo se atreve? ¿Á qué viene V. á estas horas?....—gritó la Molinera con más indignación que espanto, pero retrocediendo maquinalmente.

—¡Calla! ¡Calla, mujer! (tartamudeó el Corregidor, colándose en el aposento detrás de ella.) Yo te lo diré todo.... ¡He estado para ahogarme! ¡El agua me llevaba ya como á una pluma!—¡Mira, mira cómo me he puesto!

—¡Fuera, fuera de aquí! (replicó la señá Frasquita con mayor violencia.) ¡No tiene V. nada que explicarme!.... ¡Demasiado lo comprendo todo! ¿Qué me importa á mí que V. se ahogue? ¿Lo he llamado yo á V.?—¡Ah! ¡Qué infamia! ¡Para esto ha mandado V. prender á mi marido!

—Mujer, escucha....

—¡No escucho! ¡Márchese V. inmediatamente, señor Corregidor!.... ¡Márchese V., ó no respondo de su vida!....

—¿Qué dices?

—¡Lo que V. oye!—Mi marido no está en casa; pero yo me basto para hacerla

respetar. ¡Márchese V. por donde ha venido, si no quiere que yo le arroje otra vez al agua con mis propias manos!

—¡Chica, chica! ¡no grites tanto, que no soy sordo!.... (exclamó el viejo libertino.) ¡Cuando yo estoy aquí, por algo será!.... Vengo á libertar al tío Lucas, á quien ha preso por equivocación un alcalde de monterilla....—Pero, ante todo, necesito que me seques estas ropas.... ¡Estoy calado hasta los huesos!

—¡Le digo á V. que se marchel

—¡Calla, tontal.... ¿Qué sabes tú?.. Mira.... aquí te traigo el nombramiento de tu sobrino....—Enciende la lumbre, y hablaremos....—Por lo demás, mientras se seca la ropa, yo me acostaré en esta cama....

—¡Ah, ya! ¿Conque declara V. que venía por mí? ¿Conque declara V. que para eso ha mandado arrestar á mi Lucas? ¿Conque traía V. su nombramiento y todo?—¡Santos y Santas del cielo! ¿Qué se habrá figurado de mí este mamarracho?

—¡Frasquita! ¡soy el Corregidor!

—¡Aunque fuera V. el Rey! Á mí, ¿qué?

—¡Yo soy la mujer de mi marido, y el ama de mi casa!—¿Cree V. que yo me asusto de los Corregidores? ¡Yo sé ir á Madrid, y al fin del mundo, á pedir justicia contra el viejo insolente que así arrastra su autoridad por los suelos! Y, sobre todo, yo sabré mañana ponerme la mantilla, é ir á ver á la señora Corregidora....

—¡No harás nada de eso! (repuso el Corregidor, perdiendo la paciencia, ó mudando de táctica.) No harás nada de eso; porque yo te pegaré un tiro, si veo que no entiendes de razones....

—¡Un tiro!—exclamó la señá Frasquita con voz sorda.

—Un tiro, sí.... Y de ello no me resultará perjuicio alguno. Casualmente he dejado dicho en la Ciudad que salía esta noche á caza de criminales....—¡Conque no seas necia.... y quiéreme.... como yo te adoro!

—Señor Corregidor; ¿un tiro?—volvió á decir la navarra, echando los brazos atrás y el cuerpo hacia adelante, como para lanzarse sobre su adversario.

—Si te empeñas, te lo pegaré, y así me

veré libre de tus amenazas y de tu hermosura....—respondió el Corregidor, lleno de miedo y sacando un par de cachorrillos.

—¿Conque pistolas también? ¡Y en la otra faltriquera el nombramiento de mi sobrino! (dijo la señá Frasquita, moviendo la cabeza de arriba abajo.)—Pues, señor, la elección no es dudosa.—Espere Usía un momento; que voy á encender la lumbre.

Y, así hablando, se dirigió rápidamente á la escalera, y la bajó en tres brincos.

El Corregidor cogió la luz, y salió detrás de la Molinera, temiendo que se escapara; pero tuvo que bajar mucho más despacio, de cuyas resultas, cuando llegó á la cocina, tropezó con la navarra, que volvía ya en su busca.

—¿Conque decía V. que me iba á pegar un tiro? (exclamó aquella indomable mujer dando un paso atrás.)—Pues, ¡en guardia, caballero; que yo ya lo estoy!

Dijo, y se echó á la cara el formidable trabuco que tanto papel representa en esta historia.

—¡Detente, desgraciada! ¿Qué vas á hacer? (gritó el Corregidor, muerto de susto.) Lo de mi tiro era una broma.... Mira.... Los cachorrillos están descargados.—En cambio, es verdad lo del nombramiento....—Aquí lo tienes.... Tómallo.... Te lo regalo.... Tuyo es.... de balde, enteramente de balde....

Y lo colocó temblando sobre la mesa.

—¡Ahí está bien! (repuso la navarra.) Mañana me servirá para encender la lumbre, cuando le guise el almuerzo á mi marido.—¡De V. no quiero ya ni la gloria; y, si mi sobrino viniese alguna vez de Estella, sería para pisotearle á V. la fea mano con que ha escrito su nombre en ese papel indecente!—¡Ea, lo dicho! ¡Márchese V. de mi casa!—¡Aire! ¡aire! ¡pronto!.... ¡que ya se me sube la pólvora á la cabeza!

El Corregidor no contestó á este discurso. Habíase puesto lívido, casi azul; tenía los ojos torcidos, y un temblor como de terciana agitaba todo su cuerpo. Por último, principió á castañetear los dientes, y cayó al suelo, presa de una convulsión espantosa.

El susto del caz, lo muy mojadas que seguían todas sus ropas, la violenta escena del dormitorio, y el miedo al trabuco con que le apuntaba la navarra, habían agotado las fuerzas del enfermizo anciano.

—¡Me muerol (baluceó.)— ¡Llama á Garduña!.... Llama á Garduña, que estará ahí.... en la ramblilla....— ¡Yo no debo morirme en esta casa!....

No pudo continuar. Cerró los ojos, y se quedó como muerto.

— ¡Y se morirá como lo dice! (prorrumpió la señá Frasquita.)— Pues, señor, ¡esta es la más negral! ¿Qué hago yo ahora con este hombre en mi casa? ¿Qué dirían de mí, si se muriese? ¿Qué diría Lucas?.... ¿Cómo podría justificarme, cuando yo mismale he abierto la puerta?— ¡Oh! no.... Yo no debo quedarme aquí con él. ¡Yo debo buscar á mi marido; yo debo escandalizar el mundo antes de comprometer mi honra!

Tomada esta resolución, soltó el trabuco, fuese al corral, cogió la burra que quedaba en él, la aparejó de cualquier modo, abrió la puerta grande de la cerca,

montó de un salto, á pesar de sus carnes, y se dirigió á la ramblilla.

— ¡Garduña! ¡Garduña!— iba gritando la navarra, conforme se acercaba á aquel sitio.

— ¡Presente! (respondió al cabo el Alguacil, apareciendo detrás de un seto.)— ¿Es V., señá Frasquita?

— Sí, soy yo.— ¡Ve al molino, y socorre á tu amo, que se está muriendo!....

— ¿Qué dice V.?— ¡Vaya un maulal!

— Lo que oyes, Garduña....

— ¿Y V., alma mía? ¿Adónde va á estas horas?

— ¡Yo?....— ¡Quita allá, badulaque!— Yo voy.... á la Ciudad por un médico!— contestó la señá Frasquita, arreando la barra con un talonazo y á Garduña con un puntapié.

Y tomó...., no el camino de la Ciudad, como acababa de decir, sino el del Lugar inmediato.


Garduña no reparó en esta última circunstancia; pues iba ya dando zancajadas hacia el molino y discurriendo al par de esta manera:

—¡Va por un médico!.... ¡La infeliz no puede hacer más!— ¡Pero él es un pobre hombre!— ¡Famosa ocasión de ponerse malol!.... ¡Dios le da confites á quien no puede roerlos!



XXII.

GARDUÑA SE MULTIPLICA.

UANDO Garduña llegó al molino, el Corregidor principiaba á volver en sí, procurando levantarse del suelo.

En el suelo también, y á su lado, estaba el velón encendido que bajó Su Señoría del dormitorio.

—¿Se ha marchado ya?— fué la primera frase de D. Eugenio.

—¿Quién?

—¡El demonio!.... Quiero decir, la Molinera....

—Sí, señor.... Ya se ha marchado....; y no creo que iba de muy buen humor....

—¡Ay, Garduña! Me estoy muriendo....

—Pero ¿qué tiene Usía?—¡Por vida de los hombres!....

—Me he caído en el caz, y estoy hecho una sopa.... ¡Los huesos se me parten de frío!

—¡Toma, toma! ¡ahora salimos con eso!

—¡Garduña!.... ¡ve lo que te dices!....

—Yo no digo nada, señor....

—Pues bien: sácame de este apuro....

—Voy volando.... ¡Verá Usía qué pronto lo arreglo todo!

Así dijo el Alguacil, y, en un periquete, cogió la luz con una mano, y con la otra se metió al Corregidor debajo del brazo; subiólo al dormitorio; púsolo en cueros; acostólo en la cama; corrió al jaraiz; reunió un brazado de leña; fué á la cocina; hizo una gran lumbre; bajó todas las ropas de su amo; colocólas en los espaldares de dos ó tres sillas; encendió un candil;

lo colgó de la espetera, y tornó á subir á a cámara.

—¿Qué tal vamos?—preguntóle entonces á D. Eugenio, levantando en alto el velón para verle mejor el rostro.

—¡Admirablemente! ¡Conozco que voy á sudar!—¡Mañana te ahorco, Garduña!

—¿Por qué, señor?

—¿Y te atreves á preguntármelo? ¿Crees tú que, al seguir el plan que me trazaste, esperaba yo acostarme solo en esta cama, después de recibir por segunda vez el sacramento del bautismo?—¡Mañana mismo te ahorco!

—Pero cuénteme Usía algo....—¿La señá Frasquita?....

—La señá Frasquita ha querido asesinarme. ¡Es todo lo que he logrado con tus consejos!—Te digo que te ahorco mañana por la mañana.

—¡Algo menos será, señor Corregidor!—repuso el Alguacil.

—¿Por qué lo dices, insolente? ¿Porque me ves aquí postrado?

—No, señor. Lo digo, porque la señá Frasquita no ha debido de mostrarse tan

inhumana como Usía cuenta, cuando ha ido á la Ciudad á buscarle un médico....

—¡Dios santo! ¿Estás seguro de que ha ido á la Ciudad?—exclamó D. Eugenio más aterrado que nunca.

—Á lo menos, eso me ha dicho ella....

—¡Corre, corre, Garduña!—¡Ah! ¡estoy perdido sin remedio!—¿Sabes á qué va la señá Frasquita á la Ciudad? ¡Á contárselo todo á mi mujer!.... ¡Á decirle que estoy aquí!—¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Cómo había yo de figurarme esto? ¡Yo creí que se habría ido al Lugar en busca de su marido; y, como lo tengo allí á buen recaudo, nada me importaba su viaje! Pero ¡irse á la Ciudad!....—¡Garduña, corre, corre...., tú que eres andarín, y evita mi perdición! ¡Evita que la terrible Molinera entre en mi casa!

—¿Y no me ahorcará Usía si lo consigo?—pregunto irónicamente el Alguacil.

—¡Al contrario! Te regalaré unos zapatos en buen uso, que me están grandes. ¡Te regalaré todo lo que quieras!

—Pues voy volando. Duérmase Usía tranquilo. Dentro de media hora estoy

aquí de vuelta, después de dejar en la cárcel á la navarra.—¡Para algo soy más ligero que una borrica!

Dijo Garduña, y desapareció por la escalera abajo.

Se cae de su peso que, durante aquella ausencia del Alguacil, fué cuando el Molinero estuvo en el molino y vió visiones por el ojo de la llave.

Dejemos, pues, al Corregidor sudando en el lecho ajeno, y á Garduña corriendo hacia la Ciudad (adonde tan pronto había de seguirle el tío Lucas con sombrero de tres picos y capa de grana), y, convertidos también nosotros en andarines, volamos con dirección al Lugar, en seguimiento de la valerosa señá Frasquita.





XXIII.

OTRA VEZ EL DESIERTO Y LA CONSABIDAS
VOCES.

LA única aventura que le ocurrió á la navarra en su viaje desde el molino al pueblo, fué asustarse un poco al notar que alguien echaba yescas en medio de un sembrado.

—¿Si será un esbirro del Corregidor?
¿Si irá á detenerme?—pensó la Molinera.

En esto se oyó un rebuzno hacia aquel mismo lado.

—¡Burros en el campo á estas horas!
(siguió pensando la señá Frasquita.)—

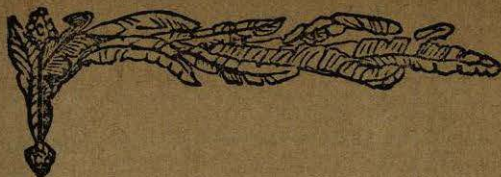
Pues lo que es por aquí no hay ninguna huerta ni cortijo....—¡Vive Dios que los duendes se están despachando esta noche á su gusto! Porque la borrica de mi marido no puede ser....—¿Qué haría mi Lucas, á media noche, parado fuera de camino? —¡Nada! ¡nada! ¡Indudablemente es un espía!

La burra que montaba la señá Frasquita creyó oportuno rebuznar también en aquel instante.

—¡Calla, demonio!—le dijo la navarra, clavándole un alfiler de á ocho en mitad de *la cruz*.

Y, temiendo algún encuentro que no le conviniese, sacó también su bestia fuera del camino y la hizo trotar por otros sembrados.

Sin más accidente, llegó á las puertas del Lugar, á tiempo que serían las once de la noche.



XXIV.

UN REY DE ENTONCES.

ALLÁBASE ya durmiendo la mona el señor Alcalde, vuelta la espalda á la espalda de su mujer (y formando así con ésta la figura de *aguila austriaca de dos cabezas* que dice nuestro inmortal Quevedo), cuando Toñuelo llamó á la puerta de la cámara nupcial, y avisó al Sr. Juan López que la señá Frasquita, *la del molino*, quería hablarle.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y FÍSICAS
CARRERAS DE CIENCIAS EXACTAS Y FÍSICAS
CARRERAS DE CIENCIAS EXACTAS Y FÍSICAS

No tenemos para qué referir todos los gruñidos y juramentos inherentes al acto de despertar y vestirse el Alcalde de monterilla, y nos trasladamos desde luego al instante en que la Molinera lo vió llegar, desperezándose como un gimnasta que ejercita la musculatura, y exclamando en medio de un bostezo interminable:

—¡Téngalas V. muy buenas, señá Frasquita!—¿Qué le trae á V. por aquí? ¿No le dijo á V. Toñuelo que se quedase en el molino? ¿Así desobedece V. á la Autoridad?

—¡Necesito ver á mi Lucas! (respondió la navarra.) ¡Necesito verlo al instante!— ¡Que le digan que está aquí su mujer!

—¡Necesito! ¡necesito!— Señora, ¡á V. se le olvida que está hablando con el Rey!....

—Déjeme V. á mí de reyes, Sr. Juan, que no estoy para bromas! ¡Demasiado sabe V. lo que me suceda! ¡Demasiado sabe para qué ha preso á mi marido!

—Yo no sé nada, señá Frasquita.... Y en cuanto á su marido de V., no está preso, sino durmiendo tranquilamente en esta

su casa, y tratado como yo trato á las personas.—¡Á ver, Toñuelo! ¡Toñuelo! Anda al pajar, y dile al tío Lucas que se despierte y venga corriendo....—Conque vamos.... ¡cuénteme V. lo que pasál.... ¿Ha tenido V. miedo de dormir sola?

—¡No sea V. desvergonzado, señor Juan! ¡Demasiado sabe V. que á mí no me gustan sus bromas ni sus veras! Lo que me pasa es una cosa muy sencilla: que V. y el señor Corregidor han querido perderme; ¡pero que se han llevado un solemne chasco! ¡Yo estoy aquí sin tener de qué abochornarme, y el señor Corregidor se queda en el molino muriéndose!....

—¡Muriéndose el Corregidor! (exclamó su subordinado.) Señora, ¿sabe V. lo que se dice?

—¡Lo que V. oye! Se ha caído en el caz, y casi se ha ahogado, ó ha cogido una pulmonía, ó yo no sé.... ¡Eso es cuenta de la Corregidora! Yo vengo á buscar á mi marido, sin perjuicio de salir mañana mismo para Madrid, donde le contaré al Rey....

—¡Demonio, demonio! (murmuró el Sr. Juan López.)—¡Á ver, Manuela!....

¡muchacha!... Anda y aparéjame la mu-
lilla....—Señá Frasquita, al molino voy....
¡Desgraciada de V. si le ha hecho algún
daño al señor Corregidor!

—¡Señor Alcalde, señor Alcalde! (ex-
clamó en esto Toñuelo, entrando más
muerto que vivo.) El tío Lucas no está
en el pajar. Su burra no se halla tampoco
en los pesebres, y la puerta del corral
está abierta... ¡De modo que el pájaro se
ha escapado!

—¿Qué estás diciendo?—gritó el señor
Juan López.

—¡Virgen del Carmen! ¿Qué va á pasar
en mi casa? (exclamó la señá Frasquita.)
¡Corramos, señor Alcalde; no perdamos
tiempo!... Mi marido va á matar al Co-
rregidor al encontrarlo allí á estas horas....

—¿Luego V. cree que el tío Lucas está
en el molino?

—¿Pues no lo he de creer?—Digo más....
cuando yo venía me he cruzado con él
sin conocerlo. ¡Él era sin duda uno que
echaba yescas en medio de un sembrado!
—¡Dios mío! ¡Cuando piensa una que los
animales tienen más entendimiento que

las personas!—Porque ha de saber V.,
señor Juan, que indudablemente nuestras
dos burras se reconocieron y se saluda-
ron, mientras que mi Lucas y yo ni nos
saludamos ni nos reconocimos.... ¡Antes
bien huimos el uno del otro, tomándonos
mutuamente por espías!....

—¡Bueno está su Lucas de V.! (replicó
el Alcalde.)—En fin, vamos andando, y
ya veremos lo que hay que hacer con to-
dos Vds. ¡Conmigo no se juega! ¡Yo soy
el Rey!... Pero no un Rey como el que
ahora tenemos en Madrid, ó sea en el
Pardo, sino como aquel que hubo en Se-
villa, á quien llamaban D. Pedro el Cruel.

—¡Á ver, Manuela! ¡Tráeme el bastón, y
dile á tu ama que me marchol!

Obedeció la sirvienta (que era por cier-
to más buena moza de lo que convenia á
la Alcaldesa y á la moral), y, como la mu-
lilla del Sr. Juan López estuviese ya apa-
rejada, la señá Frasquita y él salieron
para el molino, seguidos del indispensa-
ble Toñuelo.

